SAN ANTONIO ABAD.

NUEVA Y CURIOSA RELACION, EN QUE se da cuenta y declara la tentacion mas fuerte que tuvo en el desierto el bienaventurado San Antonio Abad; y como supo librarse de ella.

PRIMERA PARTE.

EL soberano Jesus,
Criador de cielo y tierra,
Redentor y Salvador
de nuestra naturaleza,

ilus-

ilustre mi entendimiento,
ilumine mis potencias,
le dé ánimo à mi pluma,
para que yo escribir pueda
el caso mas prodigioso,
la mas grande resistencia,
que el glorioso San Antonio
tuvo con la infernal bestia;
y como supo librarse
de las cautelosas tretas
de aquel maldito dragon,
que nos engaña y enreda.
Confiando pues en Dios,
y la soberana Reyna,
Madre de los afligidos,
María Señora nuestra,
confio que he de salir
victorioso con mi empresa.
Pido pues à mis oyentes,
que con silencio me atiendan,
y oirán el caso mas grande
que en los anales se encuentra.
Digo pues como saliendo
una mañana risueña
el glorioso San Antonio
de su ermita muy pequeña,
despues de sus devociones,
à su vergel se endereza,
rezando oraciones varias,
y à muy corto trecho encuentra
un hombre texiendo redes,
è imaginando que eran
para coger animales,
no conociendo quién era,
con palabras amorosas
le dixo de esta manera:
¿no me harias una red,
para que yo coger pueda
los animales silvestres,
que con grande ligereza
me destruyen el jardin?
Y al punto dió por respuesta:
ve à donde llevas intento,
que la tendrás à la vuelta.
Caminando pues el Santo
mas adentro de las breñas,
halló un rio, y vió salir
una muger muy perfecta,
del todo desnuda en carnes,
que en aquella hora mesma
del rio habia salido,
y que parecia honesta,
de buen porte y muy hermosa,
y en su compañía lleva
cinco mozuelas de mucho
garbo, brio y gentileza,
que aun estaban en el rio
bañando sus carnes tiernas.
Así que el Santo la vido,
torció su vista y cabeza;
y la señora le dixo
con dulces palabras tiernas,
engañosas persuasiones,
y artificiosa cautela:
ruégote, hombre solitario,
no huyas, que te detengas,
pues deseo hablar contigo
porque me enseñes la senda
del camino verdadero,
que es lo que mi amor desea.
Al oir estas razones,
el Santo confuso queda,
y ha empezado la señora
à reprender las mozuelas,
diciendo: muy mal parece
estaros de esa manera
delante de un hombre santo;
salen, y à vestirse empiezan.
Y Antonio le dixo entonces;
tú reprendes à tus siervas
con

con tan buenos documentos,
y estás de aquesa manera?
No pensaba (dixo entonces
la dama) y jamás creyera,
que un hombre tan virtuoso,
de santidad tan perfecta,
como tú, en muger alguna
tendría la vista puesta;
porque qualquier hombre santo
debe mirar à la tierra,
como que de ella ha salido,
y debe volver à ella.
Quedóse admirado el Santo,
al oir esta sentenci ;
hízole sentar la dama,
y con palabras honestas
le dixo: quánto ha que sirves
à Dios entre aquestas peñas?
Y el Santo le respondió:
creo que mas de setenta.
Y compasiva le dice:
sé muy bien de las tormentas,
las muchas tribulaciones,
y tentaciones diversas,
con que el demonio ha querido
apartarte de las buenas
obras que estás exerciendo
entre estos riscos y breñas.
Tambien sé por muy extenso,
como la soberbia fiera
del demonio te ha dexado
muchas veces ya sin fuerzas,
casi à punto de morir
y la benigna clemencia,
del altísimo Señor,
que à quien le sirve, no dexa,
te ha librado de la muerte.
Y Antonio dió por respuesta:
todos esos y otros muchos
pasaré yo con paciencia,
que mi mayor gusto es
con el diablo tener guerra.
Díxole la dama entonces:
Padre santo, yo quisiera
me dixeras lo que sacas
de vivir entre estas breñas
tan triste y tan solitario,
tan expuesto à que las fieras
te maltraten y te maten,
sabiendo por cosa cierta,
que habitan en las ciudades
hombres de muy altas prendas,
à quien el Señor ha dado
infinitas resistencias,
y morando en las ciudades,
siempre han podido vencerlas.
Sube, sube en este coche,
dale consuelo à tus penas:
verás en esa ciudad,
que miras de aquí bien cerca,
todo lo rico y lo hermoso,
de que me encuentro yo dueña,
y me pagan el tributo
los que es án viviendo en ella
desde que murió mi esposo,
y no por eso me dexa
de dar Dios lo necesario,
y de premiarme las buenas
costumbres y caridades
que uso con las gentes èstas.
Admirado quedó el Santo
de conversacion tan buena,
y sentándose à su lado,
empezaron su carrera.
Entraron en la ciudad,
vió sus calles muy compuestas,
con variedad de gentio,
y tan rica y opulenta,
que pensó que era imposible,
que huviese otra como ella.
Te-

Tenia en medio una plaza,
y en ella una fuente bella,
deliciosa y apacible,
sus muros y torres eran
de piedra mármol, tan altas,
que era admiracion el verlas.
En lo mas alto tenia
una grande fortaleza:
las puertas eran de bronce,
y mucha gente de aquella
vió que por todo el contorno
estaba de centinela;
tambien muchos animales,
que para diversion eran.
Viendo esto San Antonio,
como aturdido se queda,
y dixo la dama entonces:
Padre? no es grande è inmensa
de Dios la misericordia?
sabed pues por cosa cierta,
que tambien me ha dado Dios
el poder para que pueda
curar los ciegos, los sordos,
mudos, mancos y sin piernas,
paralíticos, leprosos.
Y para hacer la experiencia,
mandó luego à sus criados,
que con grande ligereza
le traxesen los enfermos
que por la ciudad hubiera:
se fueron y los trageron,
y al punto sanos los dexa.
Quedóse admirado el Santo,
y le dixo entonces ella:
Padre santo, si tú huvieses
sabido la vida buena
de mi difunto marido.
nada de eso hiciera fuerza,
pues al eco de su voz
estando muerto qualquiera,
le daba otra vez la vida.
Preguntó el Santo, quál era
su manera de vivir.
Y ella dixo: cosa es cierta,
que visito los enfermos,
defiendo vidas agenas,
à los huérfanos amparo,
y consuelo en sus miserias
les doy à los afligidos;
y revoco la sentencia
à los que están sentenciados,
porque nadie les ofenda.
Ya puedes considerar,
aquesta vida si es buena.
Tambien le dixo: sabrás,
como está de aqui bien cerca
un falso Rey que pretende
de que yo su esposa sea;
y yo consentir no quiero
à sus villanas promesas,
que quando murió mi esposo,
me encargó en grande manera,
que si llegaba à casarme,
que con hombre santo fuera.
Y supuesto que tú habitas
tantos años estas breñas,
te diré mi pensamiento,
y lo que mi amor desea.
En donde los dexaremos
en esta parte primera,
que el Ingenio en la segunda
ofrece al pie de la letra,
si le prestan atencion,
darle fin à aquesta idea,
como San Antonio Abad
con la divina asistencia
se libró de los enredos
de aquella maldita fiera,
que intentaba que cayese,
y que la gracia perdiera.

F I N.

SAN ANTONIO ABAD.

NUEVA Y CURIOSA RELACION, EN QUE se da cuenta y declara la tentacion mas fuerte que tuvo en el desierto el bienaventurado San Antonio Abad; y como supo librarse de ella.

SEGUNDA PARTE.

Supuesto que prometí
en la otra primera plana,
que en esta segunda parte
daria noticias claras,

co

como el señor San Antonio
por la providencia sacra
se vió del demonio libre,
y de su malicia rara,
confiado pues en Dios,
y en su Madre soberana,
à quien auxîlio le pido,
así empiezo à declararla.
Ya dixe que la señora
con cautela depravada
le dixo al bendito Santo,
que si licencia le daba,
declararia su intento;
y supuesto no era mala,
debia atenderle en todo.
Pues y qué es lo que me mandas?
le respondió el Santo. Y ella
le dixo: mira, esa plaza,
y el valor de aqueste reyno,
todo para ti se guarda,
si me tienes por esposa,
y tus sienes coronadas
serán con esta corona.
Y él por respuesta le daba:
en quanto à mí, estoy cansado;
mi naturaleza helada,
ni mi cuerpo ni mi aliento,
desean cosa tan vana.
O mi Dios! (exclamó ella)
este hombre qué declara?
Ya conozco que no sabes
las delectaciones varias
que encierra en sí el matrimonio;
porque si à ti te constara,
jamás lo despreciarias.
Y el Santo le dixo: hermana,
ya ves que es cierto me hallo
en edad adelantada,
mi cuerpo ya extenuado,
mi complexion resfriada,
las fuerzas ya se me fueron
de los brazos, y se hallan
mis pies y manos sin tacto,
su virtud aniquilada;
y así no pienses en eso,
que muy cerca está mi alma
de ir à gozar del Señor;
no quiero perder su gracia.
Tambien digo, que el demonio
me dixo à mí cara à cara,
que de mí se vengaria
en figura de una dama,
y creo que tú eres ella.
Quedó la dama turbada,
y arrojándose à sus pies,
le dixo: estoy admirada
de que un hombre como tú
diga cosas tan extrañas.
Que digas que el matrimonio
de su Díos al hombre aparta!
siendo así de que está escrito
en la escritura sagrada,
que Dios crió à Adan del polvo
de la tieara (cosa es clara)
y à Eva de una costilla,
y que dixo estas palabras,
al verla Adan junto à sí,
tan hermosa y tan bizarra:
este es hueso de mis huesos,
carne de mi carne amada.
¿No le habló Dios à Noé,
mandándole fabricara
un arca, donde sus hijos,
su muger y él se salvaran
del universal diluvio?
¿Salomon no nos declara,
que no contento con una,
admitió mugeres varias?
Qué diremos de Moysés,
el qual habló cara à cara
con

con Dios, y fue desposado?
no es cosa cierta y bien clara?
Tambien su hermano Aaron,
el que elegido quedaba
de Dios por su Sacerdote,
no tuvo mugeres varias?
Abrahan, padre de sus hijos,
no tuvo à Dios en su casa?
Tambien su hijo Isaac,
à quien un Angel libraba
de la muerte, no casó?
Jacob de su estirpe clara,
en los doce hijos que tuvo,
dexó sucesion muy larga.
Josef no tuvo en Egipto
hijos y muger amada?
Pues si fuese verdadero
lo que dices y declaras,
de que apartan las mugeres
à los hombres de la gracia,
no les hubiera tratado
con familiaridad tanta.
¿No nos dice el Evangelio,
y abiertamente declara,
que debe dexar el hombre
sin alguna repugnancia
padre y madre, por unirse
con su esposa muy amada?
Tambien el señor San Pedro,
à quien el Señor le daba
las llaves de abrir el cielo,
del matrimonio gozaba.
Si sabes que es todo esto
de la escritura sagrada,
dime, para qué atormentas
tu cuerpo con pena tanta?
Acércate à mi, no temas,
gustarás delicias largas
del matrimonial estado:
dexa ya aspereza tanta,
toma aliento, esfuerzo cobra,
acerca hácia mí la cara,
que ya es razon que descanses
de tantas fatigas y ansias.
Atónito quedó el Santo,
que todo esto escuchaba,
sin saber qué responderle;
y ella que ya le miraba
como que iba à consentir,
alargó su mano blanca,
y la puso en su cabeza
con intencion muy dañada,
la otra en su escapulario,
por ver si se lo quitaba.
Mas reconociendo el Santo,
que era el demonio la dama,
exclamó en muy altas voces:
ò Redentor de mi alma,
dulce Jesus de mi vida,
seais vos en mi compaña,
porque el demonio desea,
que en la tentacion yo cayga.
Al instante se volvió
un monte negro la dama,
que arrojaba espeso humo,
y luego aquellas criadas
dieron todas contra el Santo,
con gran grita y algazara,
dándole muy recios golpes,
y diciendo estas palabras:
ò falso viejo caduco,
miserable tierra ingrata,
que nos venciste, y has roto
nuestros lazos y asechanzas!
y arrastrándole por tierra,
hiciéronle muchas llagas.
Por dos dias y dos noches
duró la grande batalla,
y con lastimosas voces
San Antonio así exclamaba:
mi

mi Dios todopoderoso,
no desampareis mi alma,
que me ha dexado el demonio
casi muerto en la montaña.
Y el Señor piadoso y bueno,
que siempre asiste y ampara
à quien con corazon firme
de veras lo invoca y llama,
se le apareció y le dixo:
ò Antonio! ò estrella clara!
exemplo de fortaleza,
ya has roto las asechanzas,
y has vencido al enemigo,
que así engañarte intentaba.
Bendito eres, y muchos
lo serán por tu luz clara:
haré que goces de paz,
y que sea coronada
tu cabeza con corona
de Angeles envidiada:
serás defensor del fuego
en mi Iglesia; y con extraña
piedad le tomó el Señor
de la mano, y le levanta
de la tierra, y le sanó
prontamente de sus llagas:
y visible se subió
à la celestial morada.
Quedóse entonces el Santo
entre ásperas montañas,
no viendo ya la ciudad,
que todo se volvió nada.
Y tomando su camino,
encontró à breve distancia
al hombre texiendo redes,
y le dixo estas palabras:
ya me has compuesto la red,
para que yo à coger vaya
los animales silvestres?
Y por respuesta le daba:
falso y embustero viejo,
esta y otras preparaba
para hacerte à ti caer
y has roto mis asechanzas;
apártate, que me quemas.
Y al punto se transformaba
en una grande columna,
y el Santo que la miraba,
conociendo era el diablo,
luego la cruz le enseñaba,
y se convirtió en un fuego,
que por los montes marchaba,
y huyendo por el desierto,
quemaba quanto encontraba,
como si fuera algun rayo
baxado del alto alcázar.
Luego San Antonio Abad
hácia su ermita marchaba,
dándole gracias à Dios,
y à la Reyna soberana,
Madre de los afligidos,
y amparo de nuestras almas;
y el demonio à los infiernos
con ligereza baxaba.
Y aquí el ingenio rendido,
dándole fin á esta plana,
de sus mencionados versos
humilde el perdon aguarda,
y que digan todos: viva
nuestra Madre soberana;
viva San Antonio Abad,
que à sus devotos ampara.

F I N.

Con licencia: en Valencia por la Viuda de Agustin Laborda
en la Bolsería, número 18.